

UNA NIÑA-MUCHACHA-MUJER QUE BAILA EN VUELTAS CONCÉNTRICAS

(Palabras de elogio para Liliam Padrón Chávez, Premio Nacional de Danza 2026)

El 22 de octubre de 1958, en la Ciudad de los puentes y los ríos, nació una niña para el arte danzario. Sus padres siempre lo supieron. La niña nunca lo ocultó. Ni siquiera intentó disimularlo.

Bailaba todo lo que escuchaba. Un danzón, un mambo, un bolero, todo lo que sonara en la radio, luego en el televisor o en el cine. Bailaba en la casa, en los parques, en la playa y en las carreteras. Una niña así, mezcla de ave y brisa, de flor y ola marinera terminaría estudiando ballet.

Se hizo familia de Giselle, de Odette-Odile, Aurora, Swanilda, Lizette, Esmeralda y de tantas otras doncellas y princesas, que en su caso alojaban al zapateo, la rumba y el son en el alma. Como una llama inquietante, que brilla entre el universo exquisito de lo clásico y la vitalidad de lo popular.

Hasta la vieja Europa se fue volando la niña-bailarina. No necesitó de un avión ni de un cohete, ni siquiera de un globo aerostático. Las alas de la danza la trasladaron hasta la capital del ballet mundial, en San Petersburgo, luego Leningrado y otra vez San Petersburgo. Estudiaría coreografía y pedagogía de la danza. Dos profesiones llenas de *port de bras*, *developpés* y *sissones*.

Por dentro continuaba Cuba en la cintura, en la rotación de los hombros y en el acento cálido de la mirada. Viajar de los minuets y los valeses al cha chá chá y el pilón la hizo acreedora de dos fuerzas que conectaban hasta fusionarse en la danza contemporánea, un nuevo derrotero que luego de experiencias populares cristalizaron en una casa que proviene del signo de las curvas, las hélices y los caracoles. Nació Danza Espiral. Un norte, una brújula, una razón para la niña-bailarina que se convirtió en muchacha-musa, en una mujer-país.

Otra vez a bailar, siempre en vueltas concéntricas, como el tornillo que taladra el pecho hasta salir la luz. Una irradiación tricolor que ostenta con orgullo y con vasto ejemplo. Ha bailado por toda Cuba y por el mundo. Ha armado y rearmado la Casa Espiral una y otra vez. Sus manos y pies, su cabeza y su mirada no se cansan de

reinventar el movimiento, como si de respirar se tratase. La niña-muchacha-mujer ha estado presente con su tropa de alados en cuanta acción cultural y social se le ha convocado. Siempre con un sello propio, que bebe de las artes escénicas, fusionando lo clásico y lo contemporáneo con lo popular, las artes visuales y el teatro. Si alguna marca, entre tantas, posee su discurso de vida, es el de la representación teatral, donde lo mismo dialoga desde la danza con Shakespeare, Virgilio Piñera o Alejo Carpentier.

Nada ha podido detenerla en más de seis décadas. Las niñas que nacen con alas siguen volando toda la vida, como los zunzunes.

Nada ha podido detener sus sueños en movimiento, ni aun los peores desastres y momentos. Las muchachas que danzan en espiral, casi pueden con todo.

Nada ha podido truncar su enlace con el alma de la patria, las mujeres bailarinas como ella son mambisas, no saben de derrotas, solo del hermoso y comprometido acto de vivir.

¡Felicidades Maestra Liliam Padrón Chávez!

Rubén Darío Salazar (Premio Nacional de Teatro 2020)